



FIN DEL AÑO.

Llegamos, queridos niños, al fin del año 1873, y con gusto cumplo el grato deber de felicitaros y expresaros mi sincero deseo de que sea el 74 para vosotros completamente venturoso; que lo será, si Dios concede salud á vuestros padres y á vosotros, y libra á aquéllos de todas las contingencias y peligros de los tiempos presentes. Vosotros, en vuestra dichosa inocencia, no podeis comprender aún los males que afligen á nuestra patria, á la que desde ahora debeis amar con toda la efusion de vuestros corazones, porque es vuestra patria y porque es muy desdichada.

Sí, hijos míos; nuestra patria sufre en estos momentos horribles convulsiones, profundos males, y la tristeza y el luto se han aposentado en nuestros hogares. Vosotros no veis

acaso, y dad por ello gracias á Dios, esa tristeza y ese luto, pero sin duda oiréis muchas veces á vuestros padres hablar de las causas que producen tan lamentables efectos; muchas veces les oiréis hablar de la guerra civil. No olvidéis estas dos siniestras palabras.

Guerra civil es, hijos míos, la más terrible plaga que puede caer sobre un país, como que es guerra entre los que son hijos de la misma patria, hermanos por consiguiente, amigos, que tienen, aparte de sus ideas políticas, los mismos intereses, el mismo honor que enaltecer, la misma tierra que pisar, el mismo pan que comer.

¿Habeis visto nada más triste y repugnante que el ódio entre dos niños hermanos? Pues la guerra civil es el ódio, el rencor, la venganza en-

tre muchos hombres de una sola nacion, que se matan sin compasion. Y esto es lo que actualmente hay en España.

Dios quiera que vosotros, que sois la nueva generacion, la que va á recoger la triste herencia de nuestros errores y de nuestras discordias, aprendais en la sangrienta historia contemporánea, aprendais á odiar la guerra civil, y no continueis la serie vergonzosa de desastres que han prostrado en tan gran manera á vuestra desdichada patria. Si vuestros padres, que están viendo las calamidades que han caido sobre España por culpa de todos, os educan en el amor de la patria y en las ideas de religion y de concordia, como conviene sean educados los ciudadanos del país clásico de la hidalguía y de las profundas creencias; del país que produjo los hombres más sabios y virtuosos, los más grandes escritores, los más inspirados artistas; del país que fué poderoso por sus sentimientos religiosos y por su acendrado patriotismo, no hay duda que la nueva generacion enmendará nuestros errores, y reconstruirá la patria haciéndola recobrar la perdida grandeza y el honor mancillado por extraviados españoles.

Esta *Revista de educacion y recreo* tiene por principal objeto haceros amar el estudio y el bien, la religion y la patria, el saber y la virtud, y, aunque yo no necesito explicar sus tendencias, bien conocidas en los cuatro años que lleva de publicacion, cúmpleme manifestaros que en el

nuevo año Los Niños ha de ofrecer todavía mayor interes, dándoos á conocer bellísimos é instructivos materiales, ya reunidos, que os familiarizarán con muchos conocimientos útiles y os harán saber grandes ejemplos de virtudes, y os proporcionarán, en fin, muy buenos ratos de solaz y entretenimiento. Los distinguidos escritores que colaboran en esta *Revista* han reunido para el tomo próximo los más oportunos y agradables originales sobre infinidad de materias de notoria utilidad.

En suma, procuraré que el tomo noveno que va á comenzar supere en interes, en amenidad, en la belleza de los grabados, á todos los publicados. Y confio en que vosotros, encariñados ya con Los Niños, no abandonaréis esta publicacion, que es vuestra más fiel y desinteresada amiga, la que siempre desea vuestro bien, y nunca os aconseja nada malo; la que vive, en fin, por vosotros y para vosotros.

En medio de estas ruinas en que vivimos, en medio de este huracan de pasiones implacables, Los Niños, el periódico de la inocencia, es como el iris de la esperanza y de la paz, puesto que los que le sostienen son los que, hoy niños, han de ser mañana los hombres de bien que regeneren y salven á la patria, que ya sólo en vosotros puede tener confianza.

Sed, lectores amigos, tan venturosos y tan buenos como desea que lo seais

C. FRONTAURA.

LA TOMA DE GRANADA.

(1492.)

I.

Bajo la doble corona
De Aragon y de Castilla,
Que los Católicos Reyes
Ciñen á su frente digna,
Todo el poder mahometano
Se desvanece y disipa,
Y á su fin toca en España
La gloriosa reconquista.
Si los vicios de unos reyes
Motivaron su caida,
La virtud de otros monarcas
A la nacion purifica,
Y sus bizarros ejércitos
Do quiera á su paso humillan
La luna del agareno,
En cien combates vencida.
Tras largos años de guerras
Y de gloriosas conquistas,
Granada ve ante sus muros
A la reina de Castilla.

Ya está jugada tu suerte,
Y tu grandeza declina:
Pronto la cruz ¡oh Granada!
Coronará tus mezquitas.

II.

Con el arrojo del bravo,
Con el empeño del fuerte,
La locura del osado
Y el ardor del que no teme,
Luchan dos razas rivales,
Madres de esforzados héroes,
En la granadina vega
Que junto al Darro se extiende.
Ninguna cede un instante,
Y un sol al otro sucede

Sin que Granada se rinda
Ni los cristianos se alejen.
Allí Pulgar se corona
De inmarcesibles laureles;
Allí, en desiguales luchas,
Fama cobra Garcí-Perez;
Allí Garcilaso á Tarfe
Castiga dándole la muerte,
Y venga altivo el ultraje
Que á la Virgen quiso hacerse;
Allí Gonzalo de Córdoba,
El más fuerte entre los fuertes,
Portentos de arrojo sueña,
Portentos de audacia emprende;
Allí no hay temor posible,
Allí todos son valientes,
Por su Dios y por su patria
Dispuestos á morir siempre.

Y mientras tanto en Granada
Luchan entre sí crueles
Zegríes y abencerrajes
Ciegos, llamando á la muerte.
Toda resistencia es vana,
Granada al cabo perece,
Y brilla la cruz de Cristo
En sus altos minaretes.

III.

Cabizbajo va Boabdil,
El rey moro de Granada;
Motivos tiene de pena,
Razon disculpa sus lágrimas.
Fué el postrero baluarte
Del mahometismo en España
La bella ciudad que, libre,
Es ya del cristiano esclava.
Por eso de ella se aleja,
Por eso brillan sus lágrimas,

Y de su pueblo seguido,
Se encamina á la Alpujarra.
Llegan en esto á una peña,
Desde donde á ver se alcanza,
En el lejano horizonte,
A la ciudad conquistada.
Las torres de sus mezquitas

La cruz ostentan ufanas,
La cruz ostentan sus muros,
La cruz ostenta la Alhambra.
Boabdil su llanto renueva
Viendo á la ciudad cristiana,
Y da su pecho un ¡ay! triste,
Eco sin duda del alma.



« — Llorá, — su madre le dice, —
Llorá, porque tienes causa :
Quien no supo defenderla
Cual hombre, ni conservarla,
Es justo que cual las hembras
Se queje de su desgracia. » —
Desde entónces esa peña
Desde donde á ver se alcanza,

En el lejano horizonte,
A la ciudad conquistada,
Lleva el nombre de *El Suspiro
Del Moro*, por remembranza
Del que dió Boabdil el Chico
Viendo la cruz en Granada.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA FUENTE DE LOS ÁNGELES.

(Conclusion.)

III.

Yo no quiero afligir ni contristar
vuestro inocente corazón describién-
doos las escenas de aquella noche de

dolor y llanto, en la que una multi-
tud de hombres medio hambrientos
y llenos de coraje, y además *extran-
jeros*, penetra en un pueblo despues
de un sangriento combate.

Algo de esto sabréis ya, si llegasteis en vuestras lecciones de Historia al punto en que se habla de la invasión francesa en el año de 1808; allí habréis leído los hechos memorables de la invicta Zaragoza y de la inmortal Gerona; de las muertes é incendios que entónces hubo, y de tantos males como se siguieron á nuestra querida patria.

Pues bien; con recordar esto, mis queridos amigos, y que vuestros contristados semblantes me están diciendo que lo recordais, podeis formaros una idea de lo que pasaria en el pueblo de nuestra relacion, que continuaremos de esta manera.

IV.

En una casa de los arrabales de aquel pueblo vivia una familia de honrados artesanos, que tenía dos niños, como seguramente lo sois vosotros, hermosos y muy buenos y obedientes á todo cuanto les mandaban sus padres, sin que nunca se les viese llorar, ni pedir ninguna cosa que no fuese en razón.

Elisa y Santiago, pues así se llamaban, eran dos niños que hacian las delicias de su casa, en donde jamas se veia alterado el órden, ni interrumpido el silencio que debe reinar siempre en la morada de los que son bien educados.

¡Cuántas veces con su bondadoso corazon, con la dulce sonrisa que llevaban siempre en sus labios, habian calmado y dado treguas á los contratiempos y sinsabores que su-

fren siempre los padres en esta vida, y mucho más cuando ven incierto el porvenir de sus hijos!...

Muy cerca de donde vivian estos dos niños, habia un convento de franciscanos; como allí eran siempre bien recibidos todos cuantos llamaban á sus puertas, de aquí que muchas tardes iban Santiago y Elisa á hablar con aquellos buenos padres. Y como frente al convento hubiese una extensa robleda donde podian correr sin temor de ser ofendidos por los rayos del sol, por eso preferian ir á aquel lugar más que á otro alguno, para entregarse con más libertad á sus juegos favoritos.

Allí concurrían las tardes de los domingos en compañía de sus padres, despues de visitar la iglesia del convento, donde tenían lugar en esos dias piadosos ejercicios, á los que asistian con devocion y recogimiento.

De este modo pasaban los dias de su vida de la manera más tranquila y apacible que puede desearse en este mundo.

Como en su corazon no se albergaban ambiciosos deseos, ni conocían la envidia, esa pasion tan mala y que tan inquietos trae los ánimos, y que aún á los niños hace tanto daño, por eso gozaban de una paz inalterable.

Todos en el pueblo, y mucho más en el arrabal, tenían como modelo de virtud á aquellos buenos vecinos, y á Santiago y Elisa los querían tanto, al ver que se reflejaba en ellos la bondad de sus padres, que todos formaban empeño en distinguirlos con cariños y regalos.

Recuerdo muy bien que me decían algunos que los habían conocido, que daba gusto verlos cuando iban á la escuela, tan formales y alegres con sus libritos debajo del brazo seguidos de su criada, de la que no se separaban ni un momento, y á quien obedecían ciegamente, sin impacientarse en lo más mínimo.

— Es indudable, niños míos, que la bondad gusta á todos, y aún á los que por su desgracia son malos; esta virtud tiene un encanto tal que atrae y seduce: ¡Cuántas veces un acto bondadoso llegó á evitar tristes resultados, que pudieran sobrevenir en ciertos momentos!

Hasta las mismas palabras bondadosas sirven de mucho en el mundo y tienen un valor inapreciable, llegando un piadoso escritor á decirnos que son «la música del mundo.»

Por eso debéis procurar de revestir vuestra alma de todos cuantos pensamientos bondadosos salgan de los labios de vuestros padres y maestros, para así formar vuestro corazón y llenarlo de acciones bondadosas, de las que os podréis servir en ciertas ocasiones que hay en la vida.

V.

Volvamos á nuestra historia. Como os decía, Elisa y Santiago eran modelos dignos de imitar, y alegría y consuelo de sus padres, quienes se creían felices y aún compensados en su pequeña fortuna con joyas de tanto precio. En esto llegó aquel día

aciago, de que os he hablado al principio de mi cuento, cuando la ciudad se vió asaltada por los franceses, que venían en persecución de los ejércitos defensores de la patria; y dió la casualidad que, siendo su casa una de las que se encontraban á la entrada por donde penetraron los enemigos, fué, como era natural, de las invadidas por éstos en las primeras horas de la mañana.

No puedo pintaros los temores y angustias por que pasaron los bondadosos padres de estos niños al ver cómo iban entrando en su casa los *granaderos franceses*, y tomando cuanto en ella había para satisfacer su hambre y su encono á todo cuanto fuere español.

Justo es, sin embargo, os diga que los soldados que allí penetraron no eran tan malos que no conservasen un resto de humanidad hácia sus indefensos moradores. Y fuese por esto ó por la dulzura del carácter y la resignación con que los recibieron los padres de nuestros queridos niños, ello es que se condujeron todo lo bien que podían conducirse hombres que venían peleando sin descanso, llenos de ira y de coraje.

Pero llegada la tarde, entraron otros de aquellos extranjeros, que faltos de todo sentimiento y embriagados con el ciego ardor de un combate sangriento, no respetaron nada en aquella pobre casa, cogiendo y destrozando todo cuanto les sugería su capricho. Una pequeña observación que el padre dirigió á aquellos imprudentes soldados, fué causa bas-

tante para enfurecerlos hasta el punto de amenazarle con la muerte, cogiéndole entre todos los que allí había para llevar á cabo su amenaza.

Los gritos desgarradores de su esposa, lanzados al ver á su marido entre las manos de los franceses enemigos, y echándose hácia ellos para salvarlo, impresionaron tan vivamente el corazón de Santiago y Elisa, que sin saber lo que hacian, y como movidos por una fuerza extraña, salieron á todo correr de la casa, cogiendo calle abajo, sin detenerse un momento ni oír á su salida las palabras de uno, al parecer jefe, que al mismo tiempo entraba por la parte opuesta adonde ellos habian salido.

Su presencia pudo dominar y contener la ira de aquellos soldados inhumanos, y devolver la calma á una madre atribulada, dominada por las mayores angustias.

Pero otro temor, otra pena acerba les esperaba.

Al serenarse un poco su espíritu, su primera mirada fué en busca de sus queridos niños, y al encontrarse sin ellos, al ver que habian desaparecido, volvieron á comenzar sus dolores y amarguras.

La pobre madre, con una mirada medio extraviada, pero fija en los semblantes de los soldados, parecia querer interrogarles, como diciéndoles: ¿Y mis hijos? ¿qué habeis hecho de ellos?..... ¿Tal vez habrán sido víctimas de vuestra saña?.....

En vano el jefe que habia entrado le aseguraba haberlos visto salir sanos y salvos.

Pero aquella madre afligida no podia creerlo, sospechando todo lo malo, llegando á formarse la idea de que sus hijos habrian sido víctimas de aquellos *enemigos* sin freno ni temor.

Sin embargo, convencidos de que perdian un tiempo precioso en lamentar una desgracia, de la que no tenian seguridad, se lanzaron á la calle aquellos pobres padres en busca de sus hijos queridos.

Pero llegados allí, un pensamiento muy natural les detuvo. ¿Hácia dónde habrian dirigido sus pasos aquellos pequeños viajeros?.....

¿A quiénes podrian preguntar, si las calles estaban desiertas y sólo pobladas de soldados que, no habiendo lugar en las casas, se habian extendido por todas partes.

Ademas, era un peligro permanecer mucho tiempo de aquel modo, llamando la atención de sus enemigos, como ya la estaban llamando así parados en medio de la calle.

Ante la fuerza de esta reflexion, que se les ocurrió al momento, determinaron volver á su hogar, herida el alma y partido el corazón con el más vivo dolor.

VI.

Vosotros, queridos niños, que tanto quereis á vuestros padres y sabeis tambien lo mucho que ellos os quieren, ya podeis figuraros cuánto no sufrian los de Elisa y Santiago al verse sin sus hijos, perdidos ó extraviados, sabe Dios en dónde, é imposibilitados de averiguar sus huellas.

BELLAS ARTES.



LA HUIDA A EGIPTO.

Grupo de plata, modelado por el escultor Sr. Pagés, regalado á Su Santidad por los católicos de Barcelona.

EL INVIERNO.



Ella, la madre, fué tan terrible la impresion que esto causó en su espíritu, que, al entrar en su casa, sintió que las fuerzas le faltaban y su vista se desvanecía, y al querer apoyarse en su esposo cayó en sus brazos perdido el conocimiento.

.

¡Era mucho lo que habia sufrido en pocas horas aquella madre sin ventura!.....

VII.

A la mañana siguiente de la entrada de los franceses en la ciudad, ya no quedaba uno solo que estuviese útil para la marcha, excepto los heridos y alguno que otro rezagado.

Los vecinos iban poco á poco saliendo de sus casas, reuniéndose en pequeños grupos aquí y allí, contando sus cuitas y refiriendo las grandes pérdidas que habian tenido en el dia anterior.

Veíanse por un lado las negras paredes de algunos edificios que habian sido incendiados, y por el otro casas sin puertas ni ventanas, que fueran completamente saqueadas, y en todas partes ruinas, desolacion y tristeza.

En un lado lloraban los niños al verse huérfanos de lo que más habian querido, y lloraban los padres la pérdida de sus hijos, de su hogar y de todo cuanto allegáran con grandes sacrificios para el ordinario sosten de la vida.

Entre éstos se distinguian los de Elisa y Santiago, que como eran tan

buenos, parecia que todos olvidáran sus propios pesares para asociarse á su justísimo dolor.

Sospechaban algunos que, viéndoles tan jóvenes, se habian librado de tan terrible peligro, y discurrían en dónde podrian encontrarse.

Como sucede en estos casos, cada uno emitia su opinion más ó ménos fundada, pero todos convenian en que el asunto era árduo y difícil, pues en medio de la confusion y desorden que reinaba en los momentos de su fuga, nadie se cuidaria de fijarse hácia qué punto se dirigian.

Cansados ya de no encontrar una solucion fija, iban á resolverse á tomar un camino así á la ventura, cuando un jóven de esos del pueblo, que son por lo general vivos y atrevidos, se presentó en medio de aquel grupo diciendo que habia visto correr en la tarde anterior á Elisa y Santiago hácia el convento de los Franciscos.

Pero esto, que en el pronto pareció dar alguna esperanza, luégo se vió que no habia indicio alguno.

Es cierto que la situacion del convento, bastante retirado de la poblacion y en uno de sus lados, el más opuesto por donde habian entrado los enemigos, no estaba en condiciones á propósito para que fuese visitado por éstos; pero se decia por otros que los religiosos lo abandonaron despues de un horroroso saqueo.

No cabia, pues, en lo posible estuviesen allí Santiago y Elisa.

A pesar de todo, la madre de estos niños, por una secreta inspiracion, quiso dirigirse hácia aquel pun-

to, y apoyada en el brazo de su marido, pues tantos pesares y sufrimientos la habian debilitado mucho, y seguida de varios amigos emprendió el camino.

¡Qué cuadro tan profundamente triste, hermosos niños! Una madre agobiada bajo el peso de una gran desgracia; un padre dirigiendo los inseguros pasos de una esposa querida, y por todos lados el tristísimo espectáculo de un campo de batalla, como lo habian sido las calles y alrededores de aquel castigado pueblo!

Pero no quiero, queridos míos, entristecer por más tiempo vuestro alegre corazón, y voy á concluir.

Llegada que fué aquella triste comitiva al convento, penetraron sin dificultad por sus puertas abiertas de par en par, encontrándose á los pocos pasos en uno de sus magníficos y espaciosos claustros.

El silencio reinaba en aquel santo retiro, no se oía ni el más leve ruido, á no ser el canto de algun extraviado pajarillo que áun se atrevia á soltar algunas notas en el espacio, escondido entre la espesura de los mirtos ó de los elevados laureles que poblaban el centro de aquel claustro.

Cubierta por todo aquel follaje habia una fuente, cuyos murmullos interrumpian á veces aquella soledad, hácia donde dirigieron sus pasos nuestros viajeros.

Ella, la abatida madre, fué la primera que se adelantó, llevada de la ardiente sed que sentia á causa de su malestar. ¿Y cuál no sería su sorpresa, niños míos, al encontrarse

con sus hijos, sentados y como escondidos, en unas escaleritas que conducian á la fuente?

—¡Hijos de mi alma! gritó, corriendo á estrecharlos entre sus brazos y cubriéndoles de apasionados besos.

Los pobres niños, tambien conmovidos, nada más pudieron decir que ¡querida mamá, querida mamá!

Ya os figuraréis la alegría que sentirian todos cuantos allí habia, y las preguntas que á toda prisa se les harian.

Calmado un tanto aquel natural sentimiento, la madre, ya dichosa y feliz, volvió sus ojos hácia una imagen de la Virgen, esculpida en el medio de la fuente, y arrodillándose en seguida, teniendo á sus dos hijos de la mano, dirigió una fervorosa oracion á aquella imagen veneranda, con cuyo auxilio se habian salvado, segun ella creia, de tantos peligros como se vieron cercados.

Uno de los que allí estaban, al contemplar aquel tierno cuadro, se le ocurrió llamar á aquella fuente *La fuente de los Angeles*, y desde entonces se le conoció siempre por aquel nombre, que áun lleva en el dia.

— Á buen seguro que alguno de mis jóvenes lectores querrá saber cómo Elisa y Santiago tomaron aquel camino y llegaron hasta allí; pero esto no podré decírselo fijamente, porque ni ellos mismos lo sabian. Sólo acertaban á contar que una cosa inexplicable é interior les movió á diri-

girse al convento, tal vez la costumbre que tenían de frecuentarlo á menudo y la idea de que entre aquellos buenos religiosos habria quien les diese amparo y socorro.

Que en cuanto llegaron allí, añadian, vieron que todos los claustros y la iglesia estaban llenos de soldados, de caballos y cañones, y que al ver esto se dirigieron hácia la fuente que os acabo de describir, lugar que imaginaron el más escondido y retirado y donde podian escapar del furor de

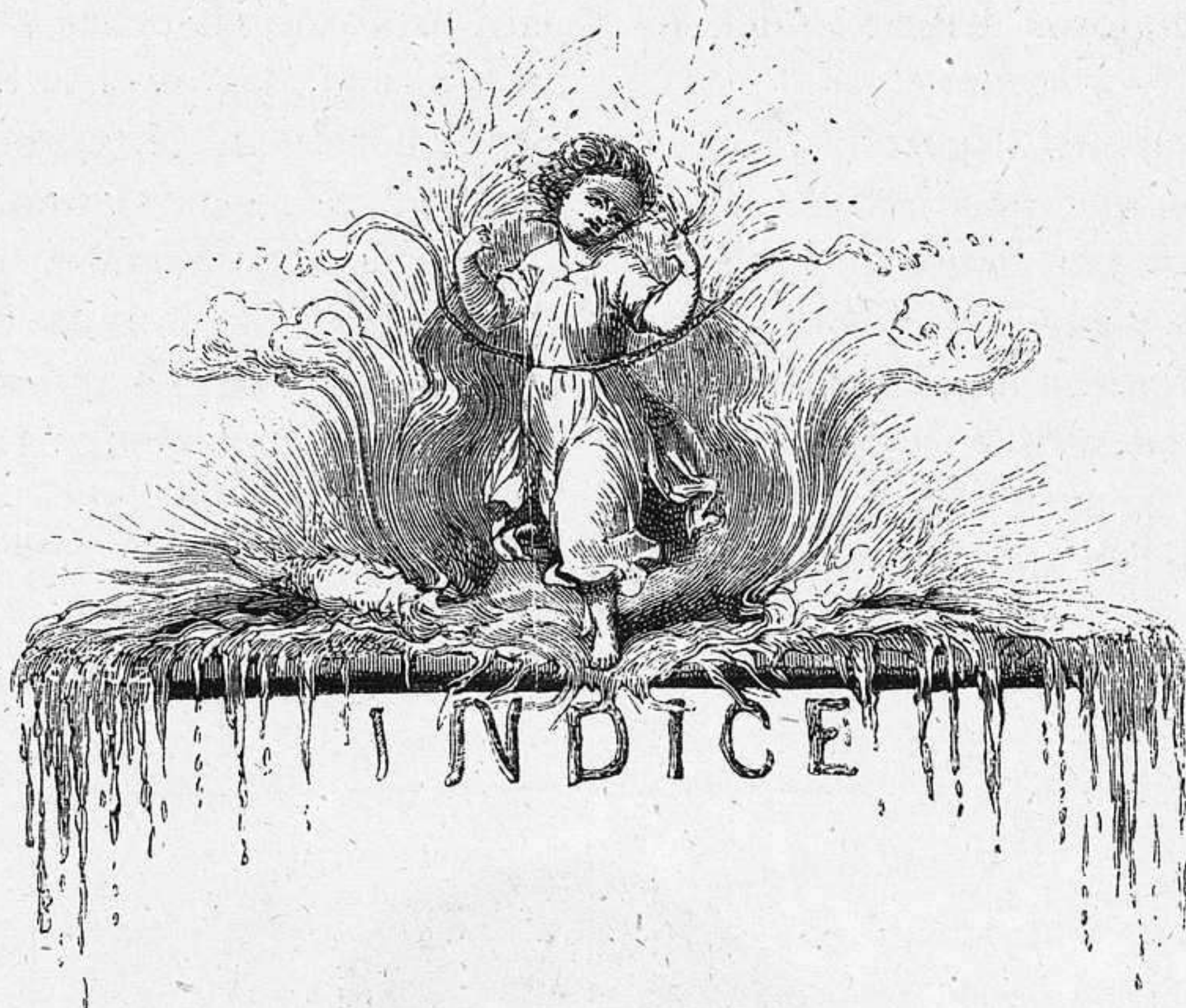
aquellos extranjeros, y al lado de aquella hermosa imágen de la Virgen, su santa madre, segun ellos decian, estaban tranquilos y contentos como si nada pasase á su alrededor, viendo correr las horas de la noche sin miedo ni temor alguno.

Esto es todo cuanto he podido averiguar de la llegada y estancia de nuestros queridos niños Santiago y Elisa en *La fuente de los Angeles*.

RAMON S. CAMPOAMOR.

FIN DEL TOMO VIII.





DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE OCTAVO TOMO.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
Descripcion geográfica de España, por D. Manuel Caballero de Rodas. 1, 49.	145	Por España, por D. C. Frontaura.	24
La vida acuática, por D. Rafael Santistéban y Mahy.	3 44	El cura y el ciego.	26
El pequeño Pulgar, por Perrault.	5	A la Virgen María, por D. Antonio Aparisi y Guijarro.	27
La abeja y la mosca, por D. C. Frontaura.	16	Juan el corneta, por Perez de Liébana.	27 38
Los consejos, por D. Ramon S. Campoamor.	17	El Rompe-cabezas.	32
El anillo de Giges, por Fenelon.	19 41	Los grandes inventos contados á los niños, por D. E. Thuillier.	
Historia de España, por Janer.		X.—El vapor y sus aplicaciones.	33
XIX.—Irrupcion de los sarracenos.	22	La jura en Santa Gadea, por D. A. Arnao.	36
XX.—La Reconquista.	108	El buho, por D. Teodoro Guerrero.	39
XXI.—Reyes de Astúrias y de Oviedo.	156	Autógrafos de escritores contemporáneos.	
XXII. » » 	237	— de D. Fernando Corradi.	46
		— de Ventura de la Vega.	189
		D. Juan de Ribera, por Janer.	47

	Páginas.		Páginas.
La venida del dia, por D. A. Arnao. . .	52	La caridad más meritoria, por Fernan	
El príncipe de la Cresta, por Perrault. . .	54	Caballero.	157
El gran secreto, por D. P. D. Montes.		El trabajo y la fortuna, por D. C.	
60.	65	Frontaura.	160
El fanfarron, por D. T. Guerrero. . .	63	La yesca, por D. Antonio de Trueba.	161
Pensamientos.	68, 77	Agustina Zaragoza.	165
Músicos célebres, por Janer. 69, 94,		La Excursion, por D. A. Arnao. . .	165
118, 159.	171	Las dos cabras, por D. C. Frontaura.	173
Rosa.	72	Juan y Teresa.	174 202
La igualdad mal recibida, por D. Juan		El dia de los muertos, por D. M. C. de	
E. Hartzenbusch.	78	Rodas.	177
D. Francisco Vallés.	79	Caridad y beneficencia, por Airam. .	179
Los Niños en la Exposicion de Viena.	81	El tonto y el mal intencionado, por	
Anécdotas.	82	D. C. Frontaura.	181
El pájaro azul.	83, 103	Historia de la princesa Violeta, por	
El modo de dar limosna, por D. Anto-		D. P. D. Montes.	182
nio de Trueba.	86	Los burros de reata, por D. A. de	
Los volcanes.	92	Trueba.	188
Máximas orientales.	92	La gota de rocío, por D. R. Torres	
La venida de la noche.	93	Muñoz de Luna.	191
Niños célebres.	97	La reina gata, por D. P. D. Montes.	193
Gato por liebre, por D. T. Guerrero. .	101	El pajarillo muerto, por D. R. Sepúl-	
Mariquita la llorona, por Perez de Lié-		veda.	200
bana.	110	El que la hace la paga, por D. A. de	
La gradacion inversa, por D. J. E.		Trueba.	205
Hartzenbusch.	111	El niño caritativo, por D. S. Puig Pe-	
Oraciones para los niños, por D. V.		rez.	206
Barrantes.	112	La madre de los gatos.	209
Los fósforos.	113	El ángel y la campana, por D. P. de	
Sufrir para gozar, por D. Enrique de		Madrazo.	214
Repullés.	117	La victoria de Lepanto, por D. J. Ca-	
El violin maravilloso, por D. P. D.		bides.	217
Montes.	123	Higiene de los niños, por D. M. J.	
La administracion del sol, por E. Dau-		Pascual.	220
gin.	129	La señorita Yo, por Marco Wovzok.	225
Muerte de Felipe II.	132	D. Pelayo en Codavonga, por D. M.	
La aficion á los pájaros, por E. Le-		Ossorio y Bernard.	229
gouvé.	133	El que algo quiere algo le cuesta. 233	250
La nube de verano, por D. A. Arnao.	143	La amabilidad.	239
¿Pares ó nones? por F.	144	Los aduladores, por D. C. Frontaura.	240
Retratos infantiles, por D. C. Fron-		El picapedrero.	241
taura.		En el claustro de los muertos, por don	
XIV.—El hombrecito.	147	J. Joaquin Cafranga.	243
XV.—La niña trabajadora. . . .	215	Perico valiente, por D. P. D. Montes.	244
El crepúsculo, por Perez de Liébana.	150	Los aguinaldos del Niño Jesus, por	
El asno de oro, por D. D. P. Montes.		D. P. D. Montes.	257
151.	167	Los vientos, por D. E. Thuillier. . .	261

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
Tararí, Tararí, por D. C. Frontaura.	263	nard..	268
El grandullon.	265	Sociedad infantil, por D. E. Thuillier.	269
La fuente de los ángeles, por D. Ramon S. Campoamor.	266 276	Fin del año, por D. C. Frontaura.. . . .	273
Trafalgar, por D. M. Ossorio y Bernard..		La toma de Granada, por D. M. Ossorio y Bernard.	275

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO VIII.



